



CELOS MATERNALES.

Comedia en dos actos, arreglada del francés por D. Mariano Carreras y Gonzalez, representada con aplauso en el teatro de Variedades, el dia 26 de febrero de 1854

PERSONAGES.

ACTORES.

LATORRE, abogado... . Sr. Alverá (D. A.)
CELOS, joven pintor... . Sr. Izaguirre.
GODOFREDO, elegante... . Sr. Gimenez.
EDUARDO, id... . Sr. Mur.
FEDERICO, id... . Sr. Valle.
CARMEN, joven viuda... . Sra. Segarra (Doña L.)
MILDE, su hija... . Sra. Lopez (Doña J.)
CLAYDO... . Sr. N.

La accion pasa en los baños de Arechavaleta el primer acto, y el segundo en Madrid, en 1852.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de lectura; en el fondo la puerta de entrada: á la derecha y en primer término, la el aposento de la señora de Alvarez. A la izquierda, en primer término, la puerta de la habitacion de Latorre. En segundo término una ventana. En medio y á la derecha un piano; á la izquierda una mesa con varios periódicos y recado de escribir. Sillas y muebles elegantes.

ESCENA PRIMERA.

FÉDERICO, EDUARDO, GODOFREDO, LATORRE.

(Al levantarse el telon, Eduardo está leyendo un periódico. Federico dibujando junto á la ventana; Godofredo tocando el piano y cantando, y Latorre tirando al blanco con una pistola de salon.)

ED. (leyendo.) «La candidatura de Mister Pierce para presidente de la república anglo-americana...»

FED. (dibujando.) Aquí falta sombra.

GO. (cantando.) Yo triste y desterrado

en extranjera playa,

ay! cuánto he suspirado. (estornuda.)

LAT. (tirando.) Ochenta y cinco!

(Qui suspenden todos su ocupacion y miran á hurtadillo al aposento de la señora de Alvarez. Despues, notando cada uno de ellos que los demas han echado de ver este movimiento, vuelve á su tarea con un afán exagerado.)

EDU. (leyendo.) «Mister Pierce es un personage notable.»

FED. (dibujando.) Mas sombra todavía!

GOD. (cantando.) El alma te protege
el brazo te idolatra... (estornuda.)

LAT. (tirando.) Ochenta y seis!

GOD. (volviéndose á él.) Cómo, señor de Latorre, ochenta y seis veces?

LAT. Si, ochenta y seis veces seguidas he dado á una legua del blanco!

GOD. Hombre, se conoce que no es usted gran tirador.

LAT. (dejando con rabia la pistola encima del velador.) Señor mio, el tirar á la pistola es un egercicio que exige mucho... recogimiento, y euando uno está oyendo dar gallipavos...

GOD. Cómo diablos ha de cantarse bien con acompañamiento de pistola y de Clamor público?

LAT. En verdad que estos señores pudieran haber elegido otra habitacion para consagrarse á sus diversiones.

EDU. Caballero, debo advertir á usted, que este salon está destinado á la lectura de los periódicos.

LAT. Si, pero puede leerse por lo bajo.

EDU. Yo leo alto por no oír el ruido que hace este caballero. (señala á Godofredo.)

GOD. Y yo canto por no escuchar la apologia de Mister Pierce.

LAT. (dirigiéndose á Federico) De todos modos, esta sala no es un taller de pintura.

FED. Caballero, es la única de la casa, desde donde se descubre la villa de Arechavaleta, cuyo croquis estoy dibujando en este momento.

LAT. (mirando el dibujo.) La villa de Arechavaleta! Pero si eso es un pilon de azucar!

FED. Caballero!

LAT. Espliquémonos por Dios, señores; porque, á la verdad, me hacen ustedes reir con sus disculpas.... dicen ustedes que están aqui... el uno para leer, el otro para pintar, este caballero para cantar... Esa es grilla! Ustedes se hallan en este salon, porque la señora de Alvarez tiene que pasar por él para salir de su cuarto, y la señora de Alvarez es la flor de estoe prados, la reina de los baños, el astro de Arechava-

leta! Por eso todos ustedes esperan que se presente para mendigar de ella una mirada, una sonrisa, un saludo, etc. etc.

GOD. Pues bien, si, esa es la verdad... Pero, y usted?

LAT. (*algo turbado.*) Yo? Yo he venido aquí á tirar á la pistola para abrirme el apetito. (*todos sueltan una carcajada.*)

GOD. Cál! Usted está haciendo centinela como nosotros, respetable... viejo!

LAT. El viejo será usted. Un hombre es viejo á cualquier edad, cuando, como todos ustedes, no ha hecho mas que jugar, beber y despilfarrar la vida. Pero cuando ha sido abogado, cuando ha consagrado á Themis los quinientos mil cuartos de hora que ustedes han dado á Venus, Baco y otras liviandades... ese hombre conserva el brazo firme, la mirada de águila, el corazón joven, la sangre caliente, y no tiene una facha tan ridícula como... como todos los que la tienen.

GOD. Tiene chispa este señor... maduro! Pero eso no quita que le guste algo la señora de Alvarez.

LAT. A mí? Qué disparate! Una coqueta, una jamona novelesca, una muger... sin corazón! Además, la plaza está ocupada... ó poco menos.

GOD. (*arreglándose la corbata.*) Cómo, usted cree?..

LAT. Oh! no lo digo por usted, sino por ese pintorcillo...

GOD. Carlitos Estrada?

LAT. El mismo!

GOD. Un pollo anti-elegante, un joven que gasta siempre chaleco negro?

LAT. Un mancebo que entiende la brújula, señor de los chalecos.

GOD. (*muy complacido.*) Ah! Usted ha notado?..

LAT. Pardiez! Se pone usted siete distintos al día.

GOD. Qué quiere usted?... Me gustan tanto los chalecos bonitos!.. Y además, no hay un lenguaje de las flores? Por qué no ha de haber otro de los chalecos? Yo, para agradar á una joven, visto chaleco de color de rosa, azul celeste ó verde manzana; á una mujer de cierta edad, azul de Prusia ó venturina oscuro; en fin, á una coqueta, amarillo anaranjado... Tengo buen gusto... qué les parece á ustedes?

LAT. Que todos esos atractivos deben ser poco irresistibles, cuando Carlitos, sin mas que su chaleco negro, ha logrado deslumbrar al ídolo que usted adora.

GOD. Pero hombre, yo no veo ..

LAT. No vé usted? Pues bien, yo le haré ver... En primer lugar, el otro día, el caballo de la señora de Alvarez dió un mal paso... la dama iba á rodar por un barranco, cuando Carlitos se lanza hácia ella y la levanta de la silla, antes de que hubiera tenido tiempo de dar un grito. Antes de ayer, deja la hermosa viuda caer en un precipicio un pomito de olor por el cual no hubiera dado yo tres pesetas; y cinco minutos después, Carlitos se le devuelve con las manos heridas, el rostro arañado y la sonrisa en los labios... Finalmente, ayer en el salón, un necio quiere echársela de gracioso á costa de la bella matrona, y por la noche mismo recibe del sempiterno Carlitos tres pulgadas de acero en el brazo derecho. Ahí tiene usted, amigo Godofredo, lo que ha hecho ese... pollo, como usted dice.

GOD. Si, no lo niego, ha tenido suerte.

LAT. Cómo, suerte?

GOD. Sin duda... ha encontrado la ocasión y la ha aprovechado... ni mas ni menos.

LAT. Ni mas ni menos! Le parece á usted poco?

GOD. Por cierto que no hemos visto á ese galante paladín en toda la mañana. Dónde estará á estas horas?

LAT. Yo no lo sé... pero apostaría cualquier cosa á que en vez de hacer gorgoritos y pilones de azucar, nos está preparando alguna otra emboscada.

GOD. Hola! Ya le cogí á usted, señor abogado.

LAT. A mí?

GOD. Ha dicho usted: nos está preparando... luego....

LAT. Bah! He dicho nos, porque me intereso por ustedes, qué diablo! Ustedes son buenos muchachos..... quizá les falta un poco de destreza, de habilidad, de audacia... en fin, carecen ustedes de una porción de cosas... pero no por eso dejan de ser unos excelentes jóvenes... y yo quisiera verles equilibrar hasta cierto punto las proezas del otro... del furioso, porque es un enamorado furioso ese mozo. (*se vé abrirse la puerta de la señora de Alvarez.*)

EDU. Caballeros, aquí viene la señora de Alvarez.

(Todos se componen el traje. Godofredo enseña su chaleco y se pone el lente. Federico se ajusta la corbata y el cuello de la camisa. Eduardo se atusa el cabello y Latorre se pasa la mano por la frente.)

ESCENA II.

Los mismos, la SEÑORA DE ALVAREZ.

TODOS. (*saludando.*) Señora...

CAR. Ah! Son ustedes, caballeros?

GOD. Son los esclavos que vienen á informarse de la salud de su dueño.

CAR. Mi salud les dá á ustedes las gracias; pero es ese el único objeto de su visita matinal?

GOD. Veníamos tambien á tomar las órdenes de nuestra soberana.

CAR. Y... nada mas?

GOD. (*asombrado.*) Nada mas.

CAR. (*mirando al rededor.*) (No está aquí!) Mucho me alhagan, sin duda, esos testimonios de solicitud y de respeto; pero confieso á ustedes que me estraña todavía mas el ver á mis súbditos acercarse á mí el día de misanto sin traerme un ramillete.

TODOS. Su santo?

GOD. (Y yo que no tengo ni siquiera una amapola!)

CAR. Cómo? Nadie se ha acordado de festejarme? (Ni siquiera él, á quien no veo aquí!)

GOD. (*repuesto de su turbacion.*) Permítame usted, señora... yo habia pensado ofrecer á usted una rosa fresca y lozana... pero he querido evitar á esa pobre flor una comparacion desastrosa.

EDU. A qué llevar agua al río?

FED. Yo iba á decir lo mismo.

CAR. Vamos, señores, perdono á ustedes el olvido de sus flores campestres, en gracia de sus flores de retórica. Pero usted, Latorre, usted, mi mas antiguo amigo, siempre tan atento á florecarme... Ah! eso es imperdonable.

LAT. Señora, me ha condeñado usted demasiado pronto... porque he mandado venir un ramillete de Madrid, y le estoy esperando.

CAR. Tan lejos! Bien; doy á usted las gracias, y me arrepiento de lo que he dicho.

LAT. (*con intencion.*) Las gracias... me las dará usted luego.

CAR. Como usted quiera. Ahora, señores, vamos á hacer el programa de la jornada. (*se sienta junto á la mesa.*)

GOD. Yo escribiré... sírvase usted dictar, señora. (*saca su libro de memoria y se sienta á la mesa.*)

CAR. A la una ascension á caballo al monte Zaraya. (*Latorre.*) Vendrá usted con nosotros, Latorre?

LAT. Por qué no?

CAR. Es un paseo tan penoso!..

LAT. Qué aprension!

CAR. A las cinco... (Dónde estará?) A las cinco, ensayo general del concierto de esta noche... Pero, ahora que me acuerdo, Carlos debe cantar el solo de la pastorela, y no le veo!

GOD. (viéndole entrar.) Aquí viene, justamente!

CAR. (Gracias á Dios!)

ESCENA III.

Los mismos, CARLOS, con un ramillete en la mano.

CARL. Señora, suplico á usted que dispense mi tardanza, y se digne aceptar este ramillete. No tiene otro mérito que el de venir de algo lejos.

CAR. Es de un gusto esquisito, divino! Qué le parece á usted, Latorre?

LAT. (sin mirar.) Divino! (Intrigantuelo!) (á Carlos.) Pero dónde diablos ha pescado usted eso?

CARL. En Tolosa, caballero.

LAT. En Tolosa? A cinco leguas de aquí?

CARL. Puede ser... debo decir únicamente que partí anoche despues del baile, y que son las diez de la mañana.

GOD. (tosiendo.) Debe usted estar derrengado!

CARL. No tanto.

LAT. (á los demás, bajo.) Cuando les digo á ustedes que es un furioso!...

CAR. (á Carlos, levantándose.) Despues de dar á usted las gracias, debo reñirle seriamente, caballero. Andar diez leguas para traerme un ramillete es... una locura. Sobre todo, cuando tenemos aquí un jardin magnífico!

CARL. Señora, no es culpa mia que no haya en él rosas blancas, y sea preciso ir, para encontrarlas, hasta Tolosa.

CAR. Pudiera usted haber elegido otras flores.

CARL. El señor de Latorre me ha dicho que esas eran las que usted preferia.

LAT. En efecto... yo... le dije eso... hace lo menos tres semanas.

GOD. (en tono melodramático.) Imb... prudente! (se oye el sonido de una campana.)

CAR. Qué es eso?

GOD. La campana de la hospederia, que dá el primer toque para el almuerzo.

CAR. Ya? Voy á poner estás lindas flores en agua.... y soy con ustedes. Mil gracias, Carlos... Tan amigos como siempre, señores. (saluda y se entra en su cuarto.)

ESCENA IV.

Los mismos, menos CARMÉN.

LAT. Tan amigos como siempre!.. Eso es decirnos que hemos hecho algo para no serlo?

CARL. Pero qué?

LAT. Que no hemos ido á la China á buscarle flores... Oh! usted ha hecho mal, muy mal, en mimarla de ese modo... Hoy se contenta con rosas... pero mañana... mañana querrá la luna, y al otro dia el sol, y despues... En fin, es una muger incomprensible! Caprichosa! fantástica! exigente! coqueta!

GOD. Tiene razon... es una coqueta!

CARL. (sonriendo.) De veras?... (á Latorre.) Entonces, por qué le hace usted la corte?

LAT. Yo?... Yo no le hago la corte; y aun cuando así fuese, importaria poco, porque no soy celoso... pero los que lo sean pasarán muy malos ratos con ella. Además, esa muger tira el dinero por las ventanas, no piensa mas que en fiestas y placeres...

CARL. (insistiendo.) Por qué le hace usted la corte?

LAT. Yo?... Yo tengo cuatro mil duros de renta y rabio por la vida bulliciosa... mientras que usted, artista sin fortuna, debe preferir la soledad, la vida tranquila y contemplativa.

GOD. Pues!.. Usted tiene veinte años y ella se acerca ya á los treinta!

LAT. No, se aleja de los treinta!

CARL. Cómo?

LAT. Seguramente... tiene treinta años cumplidos... Nació el 16 de julio de 1822; estamos en igual fecha de 1853; luego tiene treinta y un años; treinta y un años cumplidos!

CARL. Bah!.. No puedo creer...

LAT. Y si yo se lo probase?... Si le enseñara á usted su fé de bautismo?

CARL. Oh! entonces... (se oye otra vez la campana.)

GOD. Señores, he aquí el segundo toque.

EDU. (mirando por la ventana.) Y la diligencia que viene de la corte.

LAT. La diligencia!.. Voy por la fé de bautismo!

CARL. La veremos.

LAT. La verá usted!

GOD. Veamos primero el desayuno. (vanse todos por el fondo, menos Carlos.)

ESCENA V.

CARLOS solo; despues MATILDE y LATORRE.

CARL. Pues señor, todo vá bien; otra jornada como esta y acabo de conquistar á la señora de Alvarez. (se sienta á la mesa y escribe.) «Mi querida Matilde, la fortuna se nos muestra propicia. He tenido la dicha de poder hacer á la señora de Alvarez alguno que otro servicio insignificante, pero que le ha conmovido en extremo. Me concede una preferencia indudable, y solo espero ya una ocasion para declararle... (continúa escribiendo; Latorre entra por el fondo con Matilde.)

LAT. (viendo á Carlos.) Todavía por aquí! (dándole un golpecito en el hombro.) Mi joven amigo, he aquí la fé de bautismo consabida.

CARL. (Matilde!)

MAT. (Carlos!)

LAT. Tengo el gusto de presentar á usted á la hija de la señora de Alvarez.

CARL. (saludando.) Señorita!..

LAT. Qué dice usted ahora?..

CARL. Caballero, crea usted que estoy...

LAT. Estupefacto?... No es cierto?... Usted no sabia que la señora de Alvarez tiene una hija de diez y nueve años?

MAT. Quince años, padrino!

LAT. Cómo, no tienes mas que quince años?... Es verdad... pero representas mucho mas... (á Carlos.) Mírela usted... qué alta está, qué bien formada!.. Si parece una matrona!.. Mi palabra de honor! Y esto no es muy agradable que digamos para su madre... la envejece terriblemente, á la pobre señora!

CARL. Oh! la señora de Alvarez está todavía...

LAT. (bajo á Carlos.) No importa... confiese usted que no le gusta mucho que la chica sea una buena moza!

CARL. A mi?... Al contrario...

LAT. (Quiere fingir... pero se vende.)

MAT. (á Latorre.) Este caballero conoce á mi madre?

LAT. Si la conoce?... Como que le hace la corte.

MAT. (sonriendo.) Usted cree...

LAT. Sin duda... Te estrañas de eso? Lo que oyes... El señor se bate por ella, arrostra los precipicios por co-

jerle un pomito de olor; anda en siete horas diez leguas á caballo para traerle... qué? Un ramillete que á la tarde se habrá marchitado. Qué te parece?

MAT. Me parece... me parece muy bien!

LAT. Cómo?... Apruebas semejantes locuras?

MAT. Si este caballero tiene sus razones para agradar á mi madre...

LAT. Ya lo creo que las tiene!.. Pero esas razones serían buenas, si él fuese diez años mas viejo, ó tu madre diez años mas joven.

MAT. Oh! puede ser que entonces obrase de otro modo.

LAT. Qué estás diciendo?... Si tu madre tuviese diez años menos, no le haría el señor la corte?

MAT. Oh! si.

LAT. O crees que los jóvenes no deben amar mas que á las mugeres... maduras?

MAT. Oh! no.

LAT. Si! no!.. Pues señor, como no te expliques...

MAT. Mi opinion es que este caballero hace bien en procurar merecer la estimacion de mi madre; pero que haría mal en aspirar á su mano.

LAT. Ajá!.. Estamos conformes, y el señor pensará como nosotros, cuando se haya penetrado bien de esta idea: que la señora de Alvarez tiene una hija casadera... porque tú estás excelente para casarte... y además, con un buen dote!.. Porque tu padre te ha dejado veinte mil duros de herencia!

CARL. Qué dice usted?... Esta señorita...

LAT. Heredó de su padre una buena fortuna... Pero qué le ha dado á usted ahora?... (Ah!.. siente que la muchacha sea rica... teme que se case... á causa de...) (llamando aparte á Carlos.) Aquí, para entre los dos, qué le parece á usted mi ahijada?

CARL. Qué me parece?... Seductora, divina!

LAT. Hombre, me ocurre una idea... Usted vá á casarse con la madre... si me casara yo con la hija! Usted sería mi padre político... el abuelo de mis hijos... y los de usted sus tios... Estaría gracioso!.. Pensaré en ello.

CARL. (con dolor.) (Es rica!)

LAT. (Está anonadado!)

MAT. Ah! aqui viene mamá! (se abre la puerta del aposento de Carmen.)

LAT. La señora de Alvarez!.. Ahora es ella! (se coloca delante de Matilde.)

ESCENA VI.

Los mismos, CARMEN.

CAR. (á Latorre.) Amigo Latorre, la diligencia de Madrid ha llegado, y todavía estoy esperando mi ramillete.

LAT. (descubriendo á Matilde.) Aqui le tiene usted, señora.

CAR. (dando un grito de asombro y de júbilo.) Mi hija!.. Mi hija aqui!.. (se abrazan.) Querida mia... qué alta estás, qué bella!

LAT. Si... tiene buena estatura... y crecerá todavía.... (á Carlos.) Crecerá, si señor, crecerá hasta Dios sabe cuando.

CAR. Pero qué feliz casualidad?..

LAT. Es muy sencillo. Hace ocho dias, Navarro, ya sabe usted, mi amigo Navarro...

CAR. Ya sé...

LAT. Pues bien, mi amigo Navarro me escribió que iba á venir aqui á pasar una temporada con su hija... Al mismo tiempo recibí carta del doctor Espinosa, ya sabe usted, mi amigo Espinosa, el médico del colegio de Matilde?..

CAR. Ya sé...

LAT. En esa carta, me decia que mi ahijada y pupila, porque yo soy su tutor y su padrino, tengo esa dicha... que mi ahijada y pupila habia crecido mucho de seis meses á esta parte, y que le convendría el aire de estas montañas... En vista de lo cual, escribí á Espinosa que dijera á Navarro, que se encargase de Matilde.

CAR. Y no me habia usted dicho nada?

LAT. He querido dar á usted el placer de la sorpresa.

CAR. Amigo mio, para probarle cuán agradecida estoy á su ramillete, le permito á usted que me abraze.

LAT. De veras?

CAR. Vamos!

LAT. (después de haberla abrazado, respirando con dificultad.) (Uf! qué bien sabe esto?) (mira con fatuidad á Carlos, que permanece impassible.) (Aparenta indiferencia... pero está furioso!)

MAT. Te has alegrado mucho de verme, mi querida mamá?

CAR. Mucho, mucho, diablillo!.. Y á propósito... eres tan traviesa como siempre?

MAT. No, mamá.

CAR. Desde cuando?

MAT. (mirando á Carlos á hurtadillas.) Desde el baile que dió tu amiga la marquesa, el día de Santa Clara, con motivo de su cumpleaños.

CAR. Es decir que la Santa hizo un milagro!

MAT. Así parece. (á Carlos.) No es verdad, caballero?

CARL. (con encogimiento.) Yo, señorita... no sé...

CAR. Pues qué... conoces á Carlos?

MAT. Si, mamá... le he visto muchas veces en Madrid, en casa de mi tutor, y en el colegio, cuando iba á ver á su hermana.

CAR. Pues bien, hija mia... estás viendo en él al hombre mas solícito, mas amable... (á Latorre que se pone delante de Carlos.) Quítese usted de ahí... y mas discreto que he conocido.

MAT. (muy alegre.) (Perfectamente!)

CARL. (Qué suplicio!)

LAT. (observando á Carlos, que desde el fin de la escena anterior se ha puesto triste y pensativo.) (Está atolondrado!... Acabemos con él antes que tenga tiempo de reponerse.) (á Matilde, que está hablando bajo con su madre.) Mi querida Matilde, debes tener mil cosas que decir á tu madre... os dejamos solas. (Carlos no se mueve.) Carlos!

CARL. (con dolor.) (Es rica!)

LAT. (gritando.) Amigo Carlos!

CARL. (saliendo de su meditacion.) Caballero!

LAT. He dicho á estas señoras: os dejamos solas.

CARL. Ah!.. dispensen ustedes... (saludando.) Señora... señorita... (Si, si... debo renunciar á ella... partiré, es preciso!) (vanse los dos por el fondo.)

ESCENA VII.

CARMEN, MATILDE.

CAR. Ahora que estamos solas, ven que te abraze, que te contemple!.. Sabes que estás hecha una buena moza!

MAT. Si, mamá. (con aplomo.)

CAR. Qué dice usted, señorita?

MAT. Digo: si, mamá.

CAR. Eso se llama ser franca.

MAT. No me has dicho tu siempre que es muy feo mentir!

CAR. Seguramente... y no quiero que tengas secretos para tu madre.

MAT. Bien, pero ha de ser con la condicion de que tu no has de tenerlos tampoco para mi.

CAR. Oh! te lo prometo, hija mia. Pero qué feliz ocurrencia ha tenido tu padrino!.. Justamente iba yo á mandarte venir!

MAT. De veras?

CAR. Si... tengo que hablar contigo de cosas muy graves... (*se sienta á la derecha, y hace seña á Matilde de que se siente á su lado.*) Me has dicho que conocias á Carlos!.. Qué te parecè su figura?

MAT. Muy bien. (*con alegría.*)

CAR. Verdad que sí?.. Y su language, su caracter, sus modales?..

MAT. Oh! muy bien!.. Dicen que es valiente.

CAR. Muy valiente! (*con alegría.*)

MAT. Lo cual no impide que sea bueno, sencillo, amable...

CAR. Muy amable!.. Oh! cuanto me alegro de oirte hablar así!.. (*la besa.*)

MAT. Querida mamá!

CAR. De modo que si yo le concediese una amistad... íntima... tu le verias sin disgusto entrar á todas horas en casa?

MAT. Seguramente.

CAR. Y hasta con placer?

MAT. Sin duda... Pero, mamá, por qué me haces esas preguntas?

CAR. (*levantándose y dirigiéndose á la mesa.*) Ya lo sabrás mas adelante.

MAT. (*Se me figura que lo adivino.*) (*viendo á su madre que se ha puesto á escribir.*) A quién escribes?

CAR. A algunos amigos que convido á tomar el thé con nosotras para festejar tu llegada.

MAT. Será Carlos uno de ellos?

CAR. (*volviéndose y sonriendo.*) Así lo espero.

MAT. Di, mamá, te parece que vaya á mudarme de trage?

CAR. Es muy justo... Vé, hija mia, y no te pongas tan bella que eclipses á tu buena madre. (*la besa y Matilde se entra en el aposento de Carmen.*)

ESCENA VIII.

CARMEN, despues LATORRE y GODOFREDO.

CAR. (*escribiendo esquelas de convite.*) Es una feliz casualidad que haya conocido á Carlos en Madrid, y que ese joven le haya agradado; su aversion hácia él es el único obstáculo que me detendria... y lo conozco, no podria renunciar, sin disgusto, sin dolor, á este hermoso sueño... Carlos es mas joven que yo... pero tiene tanto juicio!.. Y ademas... le amo! (*llama y se presenta un criado.*) Estas cartas á quien dice el sobre. (*al salir el criado, Latorre y Godofredo entran por el fondo disputando; Godofredo lleva un chaleco muy raro.*)

MAT. Cuando le digo á usted que no tiene la menor probabilidad...

GOD. Pues yo le digo á usted que si, porque él furioso se retira.

MAT. Y cuenta usted con eso?..

GOD. Tanto como usted.

MAT. Permítame usted dudarle.

GOD. Eso es lo que vamos á ver.

CAR. (*levantándose.*) De qué se trata, señores?

MAT. De una peticion que venimos á hacer á usted los dos, sobre el mismo punto.

CAR. Veamos.

MAT. Hable usted, caballero.

GOD. Primero usted. Sé muy bien el respeto que se debe á los mayores en edad...

LAT. Saber y gobierno.

GOD. En edad, sobre todo.

LAT. Admito la preferencia.

CAR. (*riendo.*) Perfectamente.

LAT. Señora, antes de hacer á usted una peticion, de la cual está suspendida mi felicidad, permítame usted retroceder un poco en el calendario. Hace diez y seis años, usted tenia quince, y yo veintitres: concebí por sus gracias una pasion profunda. Hice á usted mi declaracion, y usted correspondió á ella... dando su mano al señor de Alvarez, mi mejor amigo; el golpe fué rudo, lo confieso; yo, al recibirle, quise poner fin á una existencia para siempre envencnada, pero un rayo de inspiracion me detuvo. Yo habia notado que mi amigo Alvarez tenia el cuello muy corto; sabia ademas que era muy aficionado á los bailes, á los saraos; en fin, á todos los placeres mas... acaloralos, mas perniciosos para él... lo sabia y viví! Para distraer los fastidiosos ocios del celibato, me hice abogado; esperé, y esta esperanza he sabido sostenerla por espacio de quince años. Por fin, hace veintitres meses mi amigo pasó á mejor vida. Bravo! dige para mi entonces, vertiendo un torrente de lágrimas, porque yo lloraba con un ojo y reia con el otro; y esto se comprende. Con el tiempo me habia formado dos corazones; el uno, lleno de amor hácia usted, el otro de amistad hácia su marido.

GOD. (Bien dicho!)

LAT. Mi corazon de amigo pagó su deuda al difunto, y mi corazon de amante se abrió á las perfumadas brisas de la esperanza y el amor.

GOD. (Parece un poeta!)

LAT. Yo me habia propuesto contener durante dos años los impulsos de mi corazon...

GOD. (Esto pide acompañamiento.) (*se remanga la levita y dá un paso hácia el piano.*)

LAT. De mi corazon número dos; y en efecto, en estos veintitres meses no he dicho una palabra; pero despues he pensado que entre amigos no debia repararse en treinta dias mas ó menos; y hoy vengo, despues de diez y seis años de constancia y de martirio, á repetir á usted la peticion que le hice el trece de julio de 1834, á las dos menos cuarto de la tarde.

GOD. (*componiéndose las mangas.*) (Bah! No es mas que un abogado!)

CAR. (*sonriendo.*) Mi pobre amigo, no puedo espresar á usted lo mucho que me conmueve un afecto tan sólido como el que me profesa. Conozco que en mi seria cordura el participar de él... pero...

LAT. Pero...

CAR. El amor no se deja guiar por la razon; y tengo el sentimiento de anunciar á usted, que he fijado ya mi eleccion en otra persona.

GOD. (*adelantándose.*) Y podemos saber quién es el dichoso mortal...?

CAR. Ay, señor don Godofredo! Yo aprecio tambien mucho los homenajes de un hombre que tiene tan raros chalecos... pero no es usted el preferido.

GOD. Quién puede ser entonces?

LAT. (*encojiéndose de hombros.*) Y lo pregunta!... Es decir, señora, que vá usted á preferir un colegial fugitivo... un boquirrubio, á un hombre que cuenta diez y seis años de servicio en su regimiento?... A mi, que no he temido especular con el diámetro del cuello de mi amigo?... A mi, que nunca di á Alvarez la mano derecha sin tener tentaciones de estrangularle con la izquierda? A mi, en fin, que me he hecho abogado, para comprimir con el birrete de hierro de los procedimientos, los borbotones de mi cerebro?...

Si señora, me he narcotizado, me he embrutecido para dominar el impetu fogoso de mis pasiones!... Y cuando acabo de abandonar mi profesion, cuando he devuelto su elasticidad á mis facultades, me opone usted, para colmo de mis males, á un caballero, cuyo único mérito consiste en esponderse cada minuto á romperse la crisma?

GOD. (Seria acaso...?)

LAT. Oh!... Eso es inaudito!... Y puesto que nada basta á apartar á usted de una resolucion, que no vacilo en calificar de insensata, no seré al menos testigo de semejante rasgo de locura. (*hace ademán de marcharse.*)

CAR. Se vá usted?

LAT. Si señora.

CAR. Y á dónde?

LAT. A la China. Voy á hacer mis preparativos.

MAT. (*entrando por la derecha.*) Mamá!... Mamá!... Ah! Perdonen ustedes, señores.

CAR. Qué es eso, hija mia?

MAT. Creo que ya es hora de que te arregles.

CAR. Dices bien.

GOD. (Tiene una hija?)

CAR. A Dios, señores; ó mas bien, hasta la vista... (*á Latorre.*) porque no pierdo la esperanza...

LAT. Señora, ya he dicho á usted que iba á hacer mis preparativos... Voy á hacer mis preparativos! (*Carmen y Matilde salen por la derecha; Latorre por la izquierda.*)

ESCENA IX.

GODOFREDO, solo.

Tiene una hija, y esa hija es la morenilla que acaba de marcharse... Por vida mia!... Bella muchacha, jóven, bien formada... La madre es mas... magestuosa... pero la hija me parece mas linda... y luego debe ser mas jóven que la madre... Nada, nada... es lo que yo necesito.

ESCENA X.

GODOFREDO, LATORRE, CARLOS.

(Carlos y Latorre entran, el primero por el fondo, y el segundo por la izquierda, trayendo cada cual una maleta, que colocan el uno en la mesa y el otro en el piano para cerrarla.)

LAT. Perdone usted, caballero... Yo... Ah! Es usted?... Qué hace usted ahí?

CARL. Ya lo vé usted... cerrando mi maleta.

LAT. A dónde vá usted?

CARL. Voy de viage.

LAT. Cómo?... Cuando está usted seguro de vencer?

GOD. (Parece que es él...)

CARL. Qué dice usted?... Para eso necesitaria el consentimiento de la señora de Alvarez... No señor... debo partir y partiré!

LAT. Eh! La señora de Alvarez es una loca... tiene noticia del amor de usted... y... (Pues no estoy ahora deteniéndole!) (*á Godofredo, bajo.*) Soy un estúpido!

GOD. Participo de su opinion de usted.

CARL. No ignoro la benevolencia con que me trata la señora de Alvarez... y esta mañana mismo hubiera podido aventurar mi peticion sin temor... Pero ahora creería que no me mueve mas que el interés, que quiero cobrarle los servicios que he tenido la dicha de prestarle... (*cerrando su maleta.*) y ya comprende usted...

LAT. (*cerrando la suya con rabia.*) Comprendo... comprendo que es usted amado... que han desechado por usted un partido soberbio.

GOD. Dos!

LAT. Ya lo oye usted!... Y en fin, que la señora de Alvarez consiente y archi-consiente!

CARL. Está usted seguro?

LAT. Que si lo estoy?... Cuando he gastado toda mi elocuencia en probarle...

CARL. (*arrojándose á su cuello con la maleta en la mano.*) Ah! Caballero, cuánto le debo á usted!

LAT. (*desprendiéndose.*) No!... No!... No me entiende usted!... He querido probarle que esa boda carece de sentido comun!... Que es usted un loco, un atolondrado, un boquirrubio!...

CARL. (*con alegría.*) Le ha dicho usted eso?

LAT. Pardiez!... Y mucho mas!... Pregúnteselo usted á don Recaredo.

GOD. Godofredo, caballero!

CARL. Y ha consentido á pesar de...?

LAT. A pesar de todo!

GOD. De todo!

CARL. (*abrazándose con mas fuerza al cuello de Latorre.*) Oh! Amigo mio, mi querido amigo! Si usted supiera el bien que me hace!...

LAT. (*valiéndose de su maleta como de un fusil para rechazarle.*) Atrás, señor mio!... Quiere usted espachurrarme?

CARL. Perdone usted... habia olvidado que tenia usted prisa... Se marcha usted decididamente?

LAT. Decididamente.

CARL. No le detengo.

LAT. Gracias!... Voy á un pais en que no haya montañas ni precipicios!... A un pais, en que los enamorados no hagan los papeles de barba... y las madres los de dama jóven... A Dios, caballero. (*vase rápidamente por el fondo.*)

CARL. Pero no comprendo...

GOD. (Yo voy á mudarme de chaleco!) (*vase por el fondo.*)

ESCENA XI.

CARLOS; después CARMEN y MATILDE.

CARL. (*solo.*) Y qué me importa?... Le debo una dicha harto grande para que me ofendan sus arrebatos!... Porque me ha dicho: «La señora de Alvarez consiente!...» Ha comprendido sin duda que no me guía la ambicion, sino el amor... Oh! Yo quisiera encontrar palabras para decirle toda la alegría, toda la gratitud que siento... Ella es!... El corazon me late de un modo...! (*Carmen entra seguida de Matilde.*)

CAR. Usted aquí, Carlos?... Me alegro mucho de verle, porque tengo que hablar á usted de un asunto sério, muy sério.

CARL. (*turbado por su alegría.*) Yo tambien, señora deseaba hace mucho tiempo...

CAR. Hubiera promovido antes esta entrevista... pero ante todo, necesitaba consultar á mi hija... Lo he hecho ya... y ahora puedo decir á usted que es el hombre mas amable que conozco.

CARL. Señora...

CAR. Pero qué á fuerza de querer agradarme... me he comprometido...

CARL. Oh! Señora...

CAR. Si, caballero, me ha comprometido usted con su atenciones. No es esto reconvenir á usted... Conoce perfectamente la lealtad de su corazon... pero cree que tenia tiempo de cerrar la boca á ciertas hablillas... No es esta tambien la opinion de usted?

CARL. (*lento de alegría.*) Oh Señora! Crea usted que no ser por mi timidez, me hubiera ya declarado hac mucho tiempo... Pero he querido antes dar á usted el tiempo necesario para conocerme... y ademas, necesi

taba también la presencia de cierta persona (*mirando á Matilde con intencion.*) para animarme... Ahora ya no tengo ni derecho ni fuerza para vacilar... y pido á usted formalmente la mano de esta señorita.

CAR. (*estupefacto.*) Cómo?... Qué dice usted? Carlos... usted me pide la mano de mi hija!

CARL. Si señora.

MAT. Tranquilízate, mamá!... Dile que consentimos, que consientes...

CAR. (*procurando acullar su turbacion.*) Tú le amabas?

MAT. Hace mucho tiempo. Desde el baile que dió tu amiga la marquesa el día de su cumpleaños.

CAR. Ah!

MAT. Qué quieres?... Quizá he hecho mal en amarle así, á primera vista... pero mi corazón latía tan fuerte... Y luego, mis compañeras no cesaban de mirarle... á todas les parecía interesante... yo no he hecho mas que seguir su ejemplo!... Te hubiera contado todo esto... pero he preferido que él se hiciera notable á tus ojos, solo por su mérito... y le he enviado aquí con orden de conquistarte en dos meses... Ya ves si se ha manejado bien, cuando lo ha logrado en dos semanas!

CAR. (*procurando sonreír.*) Es decir que todas sus atenciones, todos sus homenajes...

MAT. Era la artillería de los hijos contra los padres!

CAR. (*lo mismo.*) Comprendo, hija mía, comprendo... Pero, lo confieso, no había yo sospechado que Carlos estuviese enamorado.

UN CRIADO. (*anunciando.*) El señor don Eduardo García, el señor don Federico Contreras.

CAR. Dios mío!... Las personas á quienes había invitado para anunciarles...

MAT. Nuestro casamiento!

CAR. Si, si... el vuestro!

MAT. Querida mamá!

ESCENA XII.

Los mismos, EDUARDO, FEDERICO.

EDU. Señora, nos ha convocado usted para participarnos una gran noticia, y esperamos que usted se digne...

CAR. (*después de un momento de vacilacion, mirando á Carlos y Matilde, que hablan alegremente por lo bajo.*) Vamos!... Valor!... (*alto.*) En efecto, señores, he reunido á ustedes para darles parte del casamiento de mi hija, á quien les presento, con el señor don Carlos Aguirre. (*movimiento de asombro en Eduardo y Federico.*)

EDU. Por Dios, caballero, que tiene usted un modo singular de hacer la corte á las jóvenes... Todos nosotros hubiéramos apostado que era con esta señora!...

CAR. (*á Carlos, con fingida alegría.*) Cuando yo le decía á usted que me comprometía!...

EL CRIADO. (*anunciando.*) El señor don Godofredo de Alvarado.

ESCENA XIII.

Los mismos, GODOFREDO con un chaleco verde-manzana.

MAT. Ah!... Qué bien vestido!

GOD. Señorita, esa observacion es ya de buen agüero para el paso que voy á dar con su señora madre.

CAR. Conmigo?... No comprendo...

GOD. Señora, cediendo al impulso de un amor tan profundo como instantáneo, vengo á pedir á usted la mano de esta señorita... (*risa general.*) No veo, señores, lo que hay de risible en mi peticion.

CARL. Caballero, usted ignora que esta señora acaba de concederme la mano de su hija.

GOD. (*estupefacto.*) Cómo?... (Con que no era él?... Pues señor, no comprendo una palabra!...) (*permanece absorto.*)

CAR. (*viendo que Carlos dá un paso hácia ella para ofrecerle el brazo, finje no advertirlo, y dice á Eduardo.*) Su brazo de usted, caballero!... (*vase con Eduardo, seguida de Carlos y Matilde, detrás de los cuales sale también Federico.*)

GOD. Qué idea!... La madre está vacante... es menos bonita que la hija... pero mas magestuosa... Voy á mudarme de chaleco! (*vase por el fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salón elegante; puertas en el fondo; puertas laterales; á la izquierda un canapé, á la derecha un velador.

ESCENA PRIMERA.

GODOFREDO, que entra seguido de un criado, y con un chaleco distinto del último que sacó en el primer acto.

GOD. (*al criado.*) Diga usted á la señora de Alvarez que espero se sirva concederme una corta entrevista. (*vase el criado por la derecha.*) Ea! no hay que vacilar! Los tres meses de silencio que me había impuesto, han transcurrido ya, y puedo razonablemente ofrecer de rechazo á esa señora mi corazón y mi mano. Para casar á Matilde y Carlitos, solo se espera la vuelta del padrino, del fogoso Latorre, que continua viajando... no se sabe por dónde! Podremos hacer las dos bodas en un mismo día. Pero aquí salen la madre y la hija. (*se aparta las solapas del frac para que se vea bien su chaleco.*)

ESCENA II.

GODOFREDO, CARMEN, MATILDE.

CAR. Buenos días, Godofredo; me alegro mucho de ver á usted.

GOD. Señora, he ahí una palabra de buen agüero, y que me conduce, por el sendero de la esperanza, al objeto de mi visita matinal... Yo venía...

CAR. (*sentándose en el canapé.*) Dígame usted, amigo mío, fué usted ayer á las carreras de caballos?

GOD. Si señora... estuvieron magníficas... no cesó de llover en toda la tarde! Yo venía para... (*toma asiento junto al canapé.*)

MAT. (*sentada junto á su madre.*) Allí encontraría usted, sin duda, á nuestros amigos de los baños... Eduardo, Federico?..

CAR. Y Carlos! Hace dos días que no le hemos visto, y en este tiempo, Matilde se ha puesto triste, inquieta... impaciente...

MAT. Yo, mamá?...

CAR. Es muy natural! Carlos debiera estar siempre aquí, á tu lado, en vez de ir á los bailes, á las carreras de caballos... porque estuvo en ellas, no es verdad?

GOD. Si, señora. Yo venía para...

CAR. Ya lo oyes, Matilde, estuvo en ellas.

MAT. (*levantándose y dirigiéndose hácia el velador de la derecha.*) Son tan divertidas!

CAR. Nunca hubiera creído que en vísperas de casarte, pudiese tu futuro renunciar á verte por una cosa tan fútil!

MAT. Es verdad... le reñiré cuando venga.

CAR. Y por la noche, no vió usted á Carlos?

GOD. Si, señora... en el baile...

CAR. Ah! (*mirando á Matilde.*)

MAT. De la vizcondesa del Valle, no es cierto?

CAR. (*á Matilde.*) Oh! tranquilízate; no estaria sin duda mas que algunos momentos.

MAT. (*alegremente.*) Si, mamá. (*á Godofredo.*) Se bailó mucho?

GOD. Infinitamente... Yo, sobre todo. A propósito, en esa reunion fuí el héroe de una aventura rara... Había baile y *buffet*... el baile comenzaba á las diez.... pero yo soy tan distraído, y los días tan cortos, que llegué á las ocho y media; equivoqué el salón, me introduje sin saber por donde en el *buffet*, y mientras daba con la puerta de salida, me ví obligado á ponerme á la mesa y tomar de todo... de manera que estuve despues tan incomodado...

CAR. Y vió usted si Carlos jugaba?

GOD. No; estuvo bailando toda la noche.

MAT. Me alegro en el alma; no me gusta que juegue.

CAR. (*sin escucharla.*) Es extraño! El que no baila jamás!

GOD. Al principio no quería... pero Carolina, ya saben ustedes, la viudita, le echó en cara su dejadez con tanta gracia...

CAR. (*rapidamente.*) Bailó mucho con ella?

GOD. Ya lo creo; el wals, la polka, la redowa!

CAR. Y siempre con Carolina! Es muy bella esa señora...

MAT. (*alegremente.*) La mas bella que conozco.

CAR. Si, pero es una loca, orgullosa con su fortuna y su independencia... (Oh! no puede Carlos olvidar á mi Matilde por ella!) A qué hora se fué del baile?

GOD. Yo llegué el primero, como ya he tenido el honor de decir á ustedes, y me marché el ante-penúltimo.

MAT. (*pasando al lado de su madre.*) No es eso lo que preguntamos á usted, Godofredo.

GOD. (*levantándose.*) Perdónenle usted... A ver si me acuerdo!... Eduardo se fué á las once y media, poco mas ó menos... Carolina á las doce, y Carlos a las doce y cuarto.

MAT. Me parece muy razonable.

CAR. Oh! es de presumir que el baile no tendria desde las doce atractivo para él.

GOD. (Calla! cualquiera diria que Carlos está aqui en baja.)

CAR. Pero, ahora que me acuerdo, usted tenia que hablarle, Godofredo.

GOD. Yo? (Si la hija quedase vacante!... entonces seria otra cosa!) No, señora, no, venia únicamente á ver si me habia dejado aqui... mi paraguas!

MAT. Pues no dijo usted el otro día que no lo usaba?

GOD. No... he querido decir... mi petaca.

MAT. Cómo, si usted no fuma!

GOD. Es verdad! Debe haber sido mi... baston.

MAT. Le tiene usted en la mano.

GOD. Hablo de otro... tengo veintidos.

MAT. Tantos como chalecos?

GOD. No, señorita; chalecos tengo veinte y tres; pero ahora que me acuerdo, le he dejado en el bolsillo de mi levita.

MAT. El baston?

GOD. Si, es muy corto... sumamente cómodo. Señoras, no quiero molestar á ustedes mas tiempo. (Carlos está en baja... de seguro.) Estoy á los pies de ustedes. (Y lo que es la hija es mas linda... y me parece mas joven que la madre! Esperaré!) Señoras... (*saluda y vase por el fondo.*)

ESCENA III.

CARMEN, MATILDE.

CAR. (*á Matilde que se ha puesto tranquilamente á hacer labor junto al canapé.*) Vamos, hija mia, aun no hay motivo para que te alarmes. Bien mirado, sus faltas no son quizá tan grandes como lo parecen.

MAT. Sus faltas? Ha cometido alguna?

CAR. Sin embargo, no me hubiera yo figurado que, no yendo tú, asistiese á las carreras de caballos.

MAT. Oh! Ha hecho muy mal, pero tú no quisiste ir....

CAR. Esa no era una razon para dejarnos solas, para causarnos tanta inquietud. En todo caso, debió haberarnos avisado.

MAT. Tienes razon.

CAR. Y ademas, ir á ese baile, no yendo nosotras!...

MAT. Sin duda creyó encontrarnos en él.

CAR. Pero bien pronto echaria de ver nuestra ausencia. Por otra parte, no se baila siempre con la misma persona; no se abandonan los salones diez minutos despues que ella... sin curarse de que tú estés celosa.

MAT. Celosa, yo?

CAR. Si por cierto, y es muy natural.

MAT. (*tranquilamente.*) Seguramente... es muy natural!

CAR. Ni siquiera tomarse la pena, antes de retirarse á su casa, de venir á saber cómo estábamos! Dí, no tengo razon? Habla, ámate un poco! Cualquiera diria que no se trata de ti.

MAT. Si, mamá, tienes razon. Pensándolo bien, debo estar furiosa. Estoy furiosa con él. Gracias á ti, que me has hecho ver y comprender lo que yo no veia.

CAR. Es que se trata de la felicidad de toda tu vida, Matilde mia, y mi corazón está tan inquieto, que cuando veo á Carlos al lado de alguna muger, quisiera colocarme entre él y ella. Cada una de las palabras amables que le dirige á otra, cada una de sus miradas, me parece un robo que te hace.

MAT. Mi buena mamá! Cuánto me quieres!

UN CRIADO. (*anunciando.*) El señor don Carlos Estrada.

CAR. Gracias á Dios!

ESCENA IV.

Las mismas, CARLOS.

CARL. (*saludando.*) Señora... Mi querida Matilde..... (*Carmen se muestra muy fria.*)

MAT. Ah! Por fin se deja usted ver, caballero?

CARL. Si, no habiendo visto á ustedes ayer, vengo hoy de mañana á saber de su salud.

CAR. Mas vale tarde que nunca.

CARL. Señora, qué significa?...

CAR. Nada.

CARL. Veamos... tiene usted alguna nueva queja de mí? Qué es ello? Hable usted, se lo suplico.

CAR. Yo, por mi parte, nada tengo que decirle; pero Matilde... Vamos, habla tú, hija mia!

MAT. (*estallando.*) Pues bien, si, yo hablaré, caballero! Yo le diré á usted, que su conducta es indigna, y que nunca se ha visto una cosa semejante.

CARL. Pues qué he hecho yo, señorita?

MAT. Y lo pregunta?... Cómo! Le parece á usted poco el haber ido sin nosotras al baile y á las carreras de caballos? Eso es horrible, abominable!

CARL. Matilde, sepa usted que si he ido á las carreras, ha sido obligado por una carta del marqués de Montecclaro, que me encargaba un cuadro de ese asunto. Así es que llegué, tomé mis apuutes, y me volví á mi casa.

MAT. (*muy tranquilizada.*) Ah! era muy justo... no es verdad, mamá?

CAR. (*sentada á la derecha.*) Sin duda... pero al menos debió avisarnos.

CARL. Pude yo figurarme, señora, que tan corta ausencia inquietase á Matilde?

MAT. Tiene razon, mamá; verdad que sí?

CAR. Y el baile?

MAT. Ah! sí. Y el baile, caballero? Cuando vió usted que no estábamos en él, debió usted venir aquí. Pero no; en vez de hacer eso, usted, que no baila nunca, se puso á bailar, y siempre con Carolina, sin temor de escitar mis celos! Y luego, ni siquiera se tomó usted el trabajo de venir á saber si estábamos muertas ó vivas. Qué responde usted á esto?

CARL. Lo mas sencillo del mundo. Fui al baile, porque esperaba encontrar á ustedes en él. . Bailé con Carolina, porque era la única persona que conocia á ustedes, la única con quien podia hablar de Matilde, y esto era para mí el mejor modo de olvidar su ausencia.

MAT. Perfectamente; no es verdad, mamá?

CAR. Si, este caballero ha justificado todas sus faltas, excepto la última.

MAT. Eso es... Por qué no vino usted á saber?... (*Carlos tira de la campanilla y se presenta el criado en la puerta del fondo.*) Pero qué hace usted?

CARL. José, ayer por la noche, á qué hora vine á preguntar por la salud de estas señoras?

JOSE. A las doce y media; no me he acordado de decírselo á la señora.

CARL. (*haciéndole seña de que se retire.*) Y ahora, me creen ustedes tan culpable como antes? Para eso me han causado tanto pesar, á mi entrada?

MAT. Yo estaba loca, Carlos, y le pido á usted perdon.

CARL. La perdono á usted, Matilde, con toda mi alma; pero advierto, bien á pesar mio, que estas escenas inquisitoriales se repiten muy á menudo de algun tiempo á esta parte. Creame usted, mi querida Matilde, que nuestra confianza sea mútua como nuestro amor; y sobre todo, cerremos á toda nubecilla la entrada de nuestro cielo. Las nubes pequeñas traen las grandes tempestades, y vale mas evitarlas que tener que combatir las. No se enfadará usted porque le digo esto?

MAT. No, Carlos; al contrario, doy á usted las gracias, y le prometo no olvidarlo nunca. (*le tiende la mano.*)

CARL. (*besándosela.*) Ah! me separo de usted tranquilo y contento, lo juro.

MAT. A dónde vá usted?

CARL. A casa de Carolina, á llevarle un paisaje que me ha pedido para su album. (*movimiento de Carmen:*)

MAT. Vaya usted pronto, para que vuelva usted antes.

CAR. (*levantándose.*) Carlos!

CARL. Señora?

CAR. Sabe usted si se verifica por fin la boda de Eduardo Contreras con la señorita de Cienfuegos?

CARL. He oido decir que se habia deshecho.

CAR. Gracias á Carolina, que ha trastornado la cabeza á ese pobre muchacho.

MAT. (*sencillamente.*) Hola! Carolina deshace bodas? No esté usted mucho tiempo en su casa.

CAR. (*á media voz y como consigo misma.*) Lo mejor seria que no fuese. (*se dirige hácia el fondo y á la derecha.*)

MAT. (*repitiendo maquinalmente.*) Si, lo mejor seria que no fuese... Y yo le prohibo á usted ir, caballero.

CARL. Matilde!

MAT. Se lo prohibo!

CARL. He ahí un capricho bien extraño, por cierto, y singularmente formulado.

MAT. Capricho ó no, no irá usted.

CARL. Tenga usted presente que lo he prometido, y que no hay motivo alguno que pudiera justificar mi falta.

MAT. Ya le buscará usted.

CARL. Y si no le encuentro?

MAT. Se pasará usted sin él.

CARL. (*con firmeza.*) Matilde, yo podria, por amor á usted, doblegar mi voluntad ante razones justas; podria ceder á una súplica; pero una orden violenta y arbitraria, me hallará siempre inalterable. He hecho á Carolina una promesa tan sencilla como inocente... voy á cumplirla en nombre de la urbanidad y la delicadeza. (*saluda y vase por el fondo.*)

ESCENA V.

CARMEN, MATILDE.

MAT. Y se vá?

CAR. (*muy agitada y volviendo al proscenio.*) Ama á esa muger!

MAT. Oh! no... eso es imposible!

CAR. Te digo que la ama. A no ser así, por qué resalta tanto sus órdenes y tan poco las tuyas?

MAT. (*muy conmovida.*) Yo no sé, mamá; pero no puedo creer que me engañe. Oh! me moriria de dolor.

CAR. Matilde! hija mia! Vamos, cálmate! No, no la ama! Es imposible!

MAT. (*calmándose.*) Verdad que sí?

CAR. (*sin esc charla.*) Sin embargo, Carolina es bella, seductora, coqueta... Tú no puedes permanecer en esta incertidumbre.

MAT. (*con calma.*) Seguramente.

CAR. En esta duda que te irrita, que te vuelve loca...

MAT. (*sencillamente.*) Si, mamá.

CAR. Pues bien, dentro de poco sabrás á qué atener te.

MAT. Cómo?

CAR. Voy á casa de Carolina... la interrogaré con destreza...

MAT. Pero no te dirá...

CAR. Oh! no necesito que hable... yo sabré leer en sus ojos, en su fisonomía... Un gesto, una mirada, una inflexion de voz me bastarán para adivinarlo todo... la miraré, la escucharé con tal atencion!...

MAT. Pero no temes que ella sospeche?...

CAR. No; es una muger sin talento, sin penetracion; en diez minutos le haré confesar todo. Adios, hija mia, hasta luego; no te impacientes.

MAT. Qué buena eres conmigo!

CAR. Si, si... adios... vuelvo al momento. (*vase rápidamente.*)

ESCENA VI.

MATILDE, despues LATORRE.

MAT. (*sola.*) Pobre mamá! Qué inquieta, qué agitada está por mi causa! Y qué penetracion la suya! Cómo ha notado una multitud de pequeneces que yo no hubiera echado de ver! A la verdad, ¿quién podria sospechar que un hombre, que por la mañana dice que me ama, por la tarde haga la corte á otra? Y sin embargo, eso es lo que está sucediendo! Ah! qué desgraciada soy, Dios mio! (*se echa á llorar.*)

LAT. (*que acaba de entrar.*) Allí veo á mi pupila. Matilde!

MAT. Ah! Es usted, padrino?... Muy buenos dias.

LAT. Como? Así me recibes despues de tres meses de ausencia?... Cuando yo contaba de sorprenderos á todos con mi regreso inesperado?

MAT. Si, precisamente hace tres meses que le estamos esperando.

LAT. Qué dices?

MAT. Mamá le escribió á usted el mismo día de su marcha. No ha recibido usted la carta?

LAT. No por cierto.

MAT. Despues ha seguido escribiéndole todas las semanas, porque no queria que se hiciese la boda, sin estar usted presente.

LAT. Y yo me escapaba por no ser testigo de ese casamiento.

MAT. Usted? Y por qué?

LAT. Porque le consideraba como una locura, como una tontería.

MAT. De veras? Ay! mucho me temo que pensaba usted cuerdaiente.

LAT. Cómo me dices eso?... A propósito, me ha parecido que llorabas cuando entré.

MAT. Yo? No, padrino... al contrario.

LAT. Ahora lo niegas? Crees que yo me he vuelto ciego? Aun estoy viendo las lágrimas en tus ojos... Vamos, tú tienes algun disgustillo.

MAT. Pues bien... si... sépalo usted... es que Carlos me ha incomodado mucho.

LAT. A tí?

MAT. Y á mamá.

LAT. No digas mas... Ya estaba yo seguro de que ese casamiento introduciria la discordia en la casa.

MAT. Y qué le hizo á usted conocer?...

LAT. Qué? Todo, absolutamente todo.

MAT. No comprendo...

LAT. Dos genios entre los cuales hay un abismo.

MAT. Un abismo!

LAT. Dos caracteres fogosos, exaltados, que no se parecen en nada! O mas bien, que se parecen demasiado para poder armonizarse!

MAT. Pues yo no he notado...

LAT. En fin, te lo repito, es un mal casamiento.

MAT. Oh! Por fortuna no está hecho todavia.

LAT. Eh? Qué dices? No está hecho?

MAT. Seguramente... puesto que se esperaba á usted para hacerle.

LAT. No está hecho... y ya hay riñas, y peloterías y lágrimas? Abrázame, por tan buena noticia!

MAT. Pero padrino...

LAT. Tranquilízate... enjuga tus ojos... ese casamiento no se hará, no se verificará nunca.

MAT. Pero padrino...

LAT. Oh! ahora me siento fuerte, al saber las disputas que tu madre tiene ya con él... al ver esas lágrimas, ese torrente de lágrimas que has derramado por su causa... Si, yo haré entrar en razon á la señora de Alvarez! Y en cuanto á Carlos, le buscaré otra mujer!

MAT. Otra mujer! Pero yo no quiero!

LAT. Mas joven, mas bonita!

MAT. Qué dice usted?

LAT. De un carácter mas dulce, mas amable...

MAT. Cómo, mas amable?

LAT. (*confidencialmente.*) Y, aqui, para entre nosotros, no será difícil encontrar...

MAT. Vaya, vaya, padrino...

LAT. En fin, una mujer de tu edad... una mujer como tú.

MAT. Pues señor, no comprendo una palabra.

LAT. (*continuando.*) Porque eso es lo que le convenia... contigo es con quien debiera casarse, contigo quiero yo que se case!

MAT. Quién?

LAT. Quién ha de ser? Carlos! La edad, el carácter, las inclinaciones... todo, todo está en completa armo-

nia!... Se casará contigo! (*dá un paso hacia el fondo.*)

MAT. Si me está usted diciendo hace una hora que no me conviene?

LAT. A tí? Yo?...

MAT. Entonces... á quién?

LAT. A quién ha de ser? A ella, á tu madre!

MAT. (*estupefacta.*) A mi madre?

LAT. Pues! Ella necesita un marido mas grave, de mas peso, mas maduro... y yo le predije todo cuanto le sucede, el mismo día en que me confesó que amaba á ese Carlitos.

MAT. Que amaba á Carlos... mi madre?

LAT. (*scentándose en el canapé.*) Sin duda.

MAT. Está usted seguro? Se lo ha dicho á usted... ella misma?

LAT. A no ser así, me hubiera yo marchado? Yo que la adoro hace diez y seis años!

MAT. (Oh! no... es imposible!)

LAT. Y no soy yo el único depositario de ese secreto.... Ella iba á reunir aquel día á sus amigos, para presentarles á su esposo... despues de haberte consultado... Pero qué tienes?

MAT. (*conteniendo sus lágrimas.*) Nada, nada... dígame usted, ese amor empezó en los baños, no es cierto?

LAT. Si... aquellas atenciones tan finas, tan delicadas de Carlos; aquellos peligros que arrostró por un capricho cualquiera, fascinaron, sedujeron á tu madre.

MAT. Lo tomaba todo, sin duda, por una prueba de amor?

LAT. Es claro!

MAT. Y cuando supo que yo era la que habia enviado á Carlos á los baños...

LAT. Tú?

MAT. Que, por encargo mio, la colmaba de obsequios, á fin de darse á conocer de ella...

LAT. Por encargo... tu... tuyo?

MAT. En fin, cuando supo que nos amábamos hácia mucho tiempo...

LAT. Que os am?... Que tú... le?...

MAT. Entonces, en vez de su casamiento; anunció el mio?

LAT. Tu... tu casamiento? Anunció tu casamiento?... Es decir... que se ha sacrificado?

MAT. (*tomándole la mano.*) Usted lo ha dicho, padrino; se ha sacrificado!

LAT. Pero entonces, no comprendo... Si es á ti á quien ama, no hay esa diferencia de edad, de caracteres, de inclinaciones, y sin embargo, reñis, os querellais á cada momento?

MAT. Eso consiste en que Carlos es ligero, aturdido, galante con otras mugeres!

LAT. (*con incredulidad.*) Bah!

MAT. Mamá es quien me lo ha hecho notar.

LAT. (*asombrado.*) Ah! es tu madre la que...

MAT. Y ademas... usted no sabe... estoy celosa!

LAT. Tú?

MAT. Horriblemente celosa! Mamá es tambien la que me lo ha hecho conocer.

LAT. Tu madre? Siempre tu madre?

MAT. Si, padrino, si.

LAT. Dónde está ahora?

MAT. Ha ido á casa de Carolina, de quien sospechamos que esta enamorado Carlos.

LAT. Enamorado! No lo creas; Carlos no ama ni puede amar mas que á ti... Esas querellas... tus celos... horribles... nada de eso es natural, y estoy por creer... (*Carlos se presenta en el fondo.*)

MAT. Silencio! Aqui viene Carlos!

ESCENA VII.

Los mismos, CARLOS.

CARL. Matilde, he querido ver otra vez á usted, para decirle...

LAT. Señor don Carlos, tengo el honor...

CARL. El señor de Latorre aquí!

LAT. Yo mismo, que me hubiera alegrado... por muchas razones... de bailar en la boda de usted... pero parece que se ha aplazado indefinidamente...

CARL. En efecto, hace algun tiempo que Matilde y yo tenemos disputas... muy frecuentes... pero yo no dudo de su amor como ella no puede dudar del mio... y en cuanto á nuestras disputas, vengo á decir á Matilde que he descubierto la causa de ellas.

MAT. (*turbada.*) Y esa causa es?...

CARL. Su madre de usted.

MAT. (*asustada.*) (Gran Dios!)

CARL. Si, su madre de usted, que me odia, que me detesta.

MAT. Odiar á usted... ella!

LAT. Al contrario, le...

MAT. (*bajo á Latorre y rápidamente.*) En nombre del cielo!

CARL. A no ser por ese odio que me ha jurado, sin saber por qué, ¿gestaria continuamente escitando á usted contra mí? Cuando usted y yo estamos solos, no nos hallamos siempre de acuerdo? Pero apenas llega su madre de usted, empiezan las disputas... Ella lo interpreta todo á su manera... mi silencio y mis palabras, mi ausencia y mis atenciones... Hace recaer sobre mis acciones mas inocentes la duda y la sospecha.

MAT. Crea usted que no comprendo nada...

LAT. Pues yo lo comprendo todo.

MAT. (*bajo á Latorre.*) Padrino! (*Latorre va á sentarse á la derecha.*)

CARL. Esta mañana mismo, cuando con una palabra habia yo destruido temores vagos, imaginarios, ella con otra palabra supo abultarlo, envenenarlo todo... Se lo repito á usted, Matilde, su madre de usted me odia!

MAT. Caballero, no me hable usted de mi madre. (*violentándose.*) Cualesquiera que sean los sentimientos que á usted profesa, no quiero que se la acuse.... Ha sido siempre para mí una madre tierna y cariñosa; y si la discordia ha venido á interponerse entre nosotros, no es á ella á quien debemos culpar. (*haciendo un esfuerzo.*) si no á nosotros mismos. Si, caballero, (*dirigiéndose del uno al otro*) nuestros dos corazones se han equivocado. Creame usted; no continuemos por mas tiempo una prueba inútil... bastantes disgustos nos hemos buscado ya... Si nos casásemos, usted y yo seríamos desgraciados. (*muy conmovida.*) Renunciemos, pues, á un proyecto que la razon condena... y que el amor... no justificaria.

LAT. (Pobres muchachos!)

CARL. Pero eso es imposible, Matilde; yo la amo á usted, y usted tambien me ama.

MAT. (*llorando.*) No, caballero, no... yo no le amo á usted... no le amo.

LAT. (*levantándose y llorando tambien.*) Matilde, tú eres un angel! Lo que acabas de hacer es grande... es sublime... pero ridiculo!

MAT. Padrino! (*bajo.*) Ya conoce usted que es preciso!

CARL. Es decir, que todo ha concluido entre nosotros? Que ya no verá á usted jamás?

MAT. Jamás!

CARL. Ah! señor de Latorre, interceda usted por mí!

LAT. Y qué quiere usted que yo le diga? Es una loca...

y sin embargo, tiene razon... yo rabio, la condeno, y haria lo mismo que ella.

CARL. Cómo! Usted tambien?...

LAT. Mire usted, Carlos, váyase usted... es lo mejor que puede hacer por ahora.

CARL. Adios, pues, Matilde. (*vase por el fondo.*)

MAT. Adios, Carlos, adios.

ESCENA VIII.

LATORRE, MATILDE.

LAT. Vamos, estás satisfecha? Has hecho ya bastante desgraciado á ese muchacho? Te has causado bastante daño á ti misma?

MAT. (*conteniendo sus lágrimas.*) Padrino, yo le aseguro á usted...

LAT. Lloro, muger, llora, ya que tanto lo desees!...

MAT. (*con voz ahogada.*) No... yo le aseguro á usted... que...

LAT. Quieres hacerme el favor de llorar? (*Matilde se arroja en sus brazos anegada en lágrimas.*) Gracias á Dios!... (*pausa.*) Cuando hayas acabado, me lo dirás... no te violentes por mí.

MAT. Ya basta, padrino.

LAT. Nada mas?

MAT. Nada mas!

LAT. Corriente... ahora hablemos un poco, si te place... Quieres hacerme el obsequio de decirme por qué acabas de arrojar á la cabeza del pobre Carlos ese turbion de mentiras?

MAT. Porque, al querer sacrificarse por mí, mi madre me ha trazado el camino que debo seguir.

LAT. Sacrificarse!... Sacrificarse!... Ya salieron las grandes frases!... Tu madre no ha amado nunca á Carlos... ese jóven le ha parecido mejor, que otro... que yo me sé... porque ella no sabe lo que se pesca... le ha gustado mas... y quizá se hubiera casado con él... por pasatiempo, por distraerse un poco... y nada mas. Pero de eso al amor, á un sacrificio, hay mucha distancia!

MAT. Oh! No importa... basta que...

LAT. No basta nada... vas tu ahora á establecer á tu madre?... A dotarla quizá?...

MAT. (*procurando sonreír.*) Por qué no?... Una hija casando á su madre... seria un cuadro magnífico!

LAT. Cierto... en el teatro... Pero ahora no estamos en la escena, sino en tu casa, calle del Príncipe... y yo te haré ver... (*Carmen entra por el fondo con Godofredo.*)

MAT. Mi madre!... Oh! Por Dios, no le diga usted...

LAT. Pierde cuidado... se lo diré todo.

ESCENA IX.

Los mismos, CARMEN, GODOFREDO.

CAR. Acabo de separarme de Carol... Qué veo?... Latorre!

LAT. Su buen amigo Latorre.

GOD. (Hola!... El viejo de marras!)

CAR. Cuánto me alegro de ver á usted!... Con su permiso... (*se quita el chal y el sombrero, dejándolos en el foro y á la izquierda.*)

GOD. (*llamando aparte á Latorre.*) Amigo mio, hay novedades... la viuda está vacante... no amaba á Carlitos!

LAT. (*id.*) Hombre no sabe usted lo que se dice.

GOD. (*id.*) Y como si lo sé!... Ahora voy á dirigirme á la chica... porque se ha deshecho su casamiento.

LAT. Si... no tiene malas trazas!... Vá á verificarse mañana!

GOD. Mañana!... Vuelve usted á dejarme perplejo!

CAR. (*acercándose al proscenio.*) Mi querido amigo... llega usted en buena ocasion... necesitamos de su experiencia y sus consejos.

LAT. Para el casamiento de Carlos y Matilde?

CAR. Oh!... Ése casamiento...

GOD. Oh!... Ese casamiento...

LAT. (*remedándolos.*) Oh!.. Ese casamiento... Vamos!.. Qué?

CAR. Mucho me temo que Matilde no sea feliz con semejante marido.

LAT. Pues no le parecia á usted en las bañes tan seductor, tan amable?

CAR. Si... pero aqui, en la sociedad, es aturdido, lijero, galanteador con todas las mugeres.

MAT. Mamá!

CAR. Los celos son un tormento cruel... y Matilde está celosa.

LAT. De veras?

CAR. Responde tú, hija mia... la conducta de Carlos no es la mas á propósito para tranquilizarte.

MAT. (*con dulzura.*) Basta, basta, mamá... no me hables de él... no me hables de él nunca!

CAR. (*asombrada.*) Nunca!

MAT. Te lo suplico!... He consultado á mi corazon... he comprendido que ese matrimonio era imposible... y hace media hora que ha concluido todo entre nosotros.

CAR. Pero has reflexionado bien...?

MAT. Si, mamá... debo y quiero renunciar á Carlos... y lo haré sin pesar, sin sentimiento.

CAR. Sin sentimiento?

LAT. Ya lo creo!... Y hasta con satisfaccion... mire usted... está llorando de alegria!

MAT. Yo?... No, no lloro... y la prueba es que estoy dispuesta á casarme con otro.

CAR. Con otro?

MAT. Seguramente... no faltan jóvenes...

GOD. No!

MAT. Amables...

GOD. Ya se vé.

MAT. Y si no hubiera entre ellos ninguno que pidiera mi mano, me casaria... con cualquiera... con Godofredo.

GOD. Oh!... Tan lisonjera eleccion...

CAR. Con Godofredo?... Qué!...

LAT. Barbaridad!

GOD. Anciano!

CAR. Ademas, este caballero, al acompañarme, me hablaba de su amor ardiente, apasionado, á...

GOD. Permitame usted... yo no leia... no leo todavia claro en mi corazon... y pido el plazo de una hora para interrogar á este órgano.

LAT. Pues yo pido un cuarto de hora de entrevista con esta señora.

CAR. (*dirigiéndose á la derecha con Matilde.*) Conmigo?

LAT. Será corta, pero bien aprovechada... Déjanos, hija mia... Y usted, señor don Gaiferos...

GOD. Godofredo, caballero!

LAT. Hágame usted el favor, de paso que vá usted á su casa...

GOD. A mi casa?... No voy ahora.

LAT. Vaya usted... créame usted, alli estará mas á gusto para interrogar á su órgano... Hágame usted el favor, al pasar... (*bajo.*) de subir á casa de Carlos.

GOD. (*id.*) De Carlos?

LAT. Le encontrará usted en disposicion de romper cuanto tenga á mano... me le enviará usted, y...

GOD. Y volveré á decir mi resolucion.

LAT. (*riendo.*) Eso es!

GOD. (*saludando.*) Señoras...

MAT. (*bajo á Latorre.*) Qué vá usted á decir á mamá?

LAT. Ya lo sabrás... Vete ahora, hija mia. (*Matilde se vá por la derecha y Godofredo por el fondo.*)

ESCENA X.

LATORRE, CARMEN.

LAT. Ahora, mi querida amiga, nos toca á nosotros!

CAR. Tiene usted que decirme algo, Latorre?

LAT. Si, señora... aconsejo á usted que se siente.

CAR. (*sentándose en el canapé.*) Hable usted.

LAT. (*sentándose á su lado en una silla.*) Hace tres meses que un hombre galante, un hombre que convenia á usted bajo todos conceptos, y á quien la modestia no me permite nombrar, ofreció á usted su corazon por segunda vez; usted le rechazó, porque entonces le hacia la corte... por otra... por su hija de usted... un joven artista.

CAR. Todo el mundo participó de mi error... y usted mismo...

LAT. Lo sé, y no trato de echárselo á usted en cara... Continuo... Al descubrir este *quid pro quo*, usted, como buena madre, consintió en el casamiento de los dos muchachos, y dijo para si: «Me sacrifico por mi hija; no hago mas que lo que debo.»

CAR. Me parece...

LAT. Hasta aqui todo vá bien; pero despues... qué ha hecho usted?

CAR. He abierto mi casa á Carlos, y le he permitido que viniese todos los dias á ver á su futura, en tanto que usted regresaba de su viage.

LAT. Y á qué esperar mi regreso?

CAR. Siendo usted padrino y tutor de Matilde, he creido conveniente...

LAT. La verdad es, que acojió usted con placer un pretesto que aplazaba ese casamiento.

CAR. (*asombrada.*) Yo?... Y por qué?

LAT. Porque... porque ama usted todavia á Carlos.

CAR. (*levantándose.*) Amar á Carlos?... Yo?... Está usted loco, amigo mio?

LAT. No... y la prueba es, que no siente usted que se haya deshecho el casamiento... porque sigue usted amando á ese muchacho.

CAR. Yo amarle?... Amar al futuro de mi hija!... Señor Latorre, usted está ciego... y al hablarme asi, me insulta usted, me ultraja! (*se dirige á la derecha.*)

LAT. (*levantándose.*) Carmen!

CAR. Lo que acaba usted de decirme es atroz, es horrible!... Y si para eso ha venido usted de tan lejos, hubiera hecho mejor en quedarse por allá.

LAT. (*aturdido por un momento, va á tomar su sombrero.*) Está bien... puesto que usted me despide, á mi, su mejor, su mas antiguo amigo... por haber querido abrirle los ojos, por haber intentado impedir la desgracia de su hija hoy, y la de usted mas adelante... no permaneceré ni un momento mas á su lado... A Dios, señora.

CAR. No... yo no le despido á usted... pero es qué me parece extraño, inaudito, el venir á decir á una madre...

LAT. He hecho mal, muy mal.

CAR. Lo confiesa usted?

LAT. Lo confieso.

CAR. Me alegro en el alma.

LAT. Y en todo caso, no sé por qué andamos aqui disputando... El casamiento se ha deshecho, cierto... Pero qué mal hay en ello?... Usted está contenta...

Matilde no lo siente.... y en cuanto á Carlos, no tenemos que temer de él, ni reconvenciones, ni escándalos.

CAR. Así lo espero.

LAT. El pobre nos evita hasta el espectáculo de su dolor, porque dentro de poco, en este momento quizá, se marcha.

CAR. (*temblando.*) Qué dice usted?

LAT. Para no volver.

CAR. Cómo?... (No verle ya nunca? Nunca?)

LAT. Se vá con una señora, que se llama... Ah! Ya me acuerdo... Carolina.

CAR. (*sin poder contenerse.*) Con ella!... Ah! Bien decia yo que la amaba... bien sabia yo que esa muger es una coqueta! Sin miramiento, sin pudor!... Y él... infame!... Infame!

LAT. (*finjiendo asombro.*) Qué tiene usted, Carmen?

CAR. (*turbada.*) Yo?...

LAT. Por qué se pone usted tan conmovida, tan agitada?... No será por su hija de usted, puesto que ella no ama á Carlos. (*cojiéndole la mano.*) Por qué tiembla usted así?... Matilde renuncia á ese jóven sin pesar, sin sentimiento... Por qué late con tal violencia su corazon de usted?... Mi pupila está dispuesta á casarse con otro... En fin, por qué son esas lágrimas?... (*Carmen oculta la cabeza entre las manos, y cae en un sillón.*)

LAT. (*después de una pausa.*) Vamos, Carmen, valor!

CAR. Latorre, usted es mi amigo... Qué me aconseja?... Hable usted.

LAT. Le aconsejo á usted, en primer lugar, que me perdone el pequeño ardid de que me he valido, para obligar á usted misma á leer en su corazon. (*movimiento de Carmen.*) Carlos no ha amado nunca á Carolina, ni ha partido con ella...

CAR. (*como aliviada de un gran peso.*) Ah!

LAT. (*continuando.*) Porque él no es inconstante... como Matilde no está tampoco celosa.

CAR. Sin embargo...

LAT. Oh! yo los he visto hace un momento, primero separadamente, después reunidos... y esos muchachos se adoran... A pesar de todo, son desgraciados... y usted decia bien hace un momento... los celos son los que turban su felicidad... los que amenazan destruirla... (*con dulzura.*) pero esos celos no se ocultan en el corazon de Matilde, sino en el de usted.

CAR. (*levantándose.*) Qué está usted diciendo?

LAT. Si, Carmen; sin quererlo, sin saberlo quizá, usted es quien hace la desgracia de su hija... Usted que hace tres meses tuvo bastante valor para retirar su mano, pero que se olvidó de conservar su corazon.

CAR. Amigo mio...

LAT. Cuando esos pobres muchachos están solos se entienden perfectamente... pero la confianza y la calma desaparecen... apenas viene á colocarse entre ellos un tercero... y ese tercero, bien lo sabe usted, es...

CAR. Basta, Latorre, basta... Voy á llamar á Carlos, voy á escribirle.

LAT. Es inútil, no tardará cinco minutos en venir aquí.

CAR. Procuremos reconciliarle con Matilde.

LAT. Ellos sabrán hacerlo sin nosotros.

CAR. Los casaremos.

LAT. Dentro de veinte y cuatro horas.

CAR. Tan pronto

LAT. Perdóne usted, quise decir dentro de veinte minutos.

CAR. (*después de una pausa.*) Consiento.

LAT. Si usted quiere que Matilde consienta tambien... ahora que sospecha algo de los proyectos que usted

tenia en otro tiempo...

CAR. Cómo?... Sabe acaso...

LAT. Sobre todo, si usted quiere que su felicidad sea duradera... es preciso alejar de la joven pareja, á la que, sin quererlo, era un obstáculo á esa felicidad.

CAR. Separarme de mi hija?

LAT. Es preciso, Carmen... Es un mal matrimonio el que se compone de tres personas. Cuando no son mas que dos, riñen alguna vez, se indisponen, pero el amor viene á enjugar las lágrimas y á enlazar las manos... Lo que es tres, no caben... porque el himeneo no procede mas que de dos en dos, y para que saliera bien la cuenta, seria preciso... seria preciso que fueran cuatro.

CAR. Casarme yo?

LAT. Por qué no?

CAR. Y con quién?

LAT. (*aparentando indiferencia, pero muy conmovido en realidad.*) Con quién?... Con quién?... No lo sé... Con una hombre cuya edad, cuya fortuna, cuya posición... en fin, con cualquiera... con... migo... por ejemplo!

CAR. Con usted?

LAT. Pardiez!.. Dudo mucho que encuentre usted uno mas apasionado... que haya dado mas pruebas... y ademas, yo estoy dispuesto... tengo mis papeles, y mi vestido negro... todo nuevo; vamos, Carmen... una corazonada... Yo no le diré á usted si me hará ó no el mas feliz de los hombres; usted lo sabe bien; y ese no seria para usted mas que un motivo secundario... pero la felicidad de su hija depende de este casamiento... Vamos, diga usted que si, digalo usted muy bajito, si quiere... mi corazon lo oirá de todos modos.

CAR. Latorre, es usted un hombre digno y honrado... Digo sí en voz alta, y sin disgusto... Está usted contento?

LAT. Si lo estoy?... Usted me pregunta si yo... No puedo responderla... solo le pediré permiso para sentarme un momento... mi corazon late tan fuerte, que vá á dar conmigo en tierra.

CAR. Pobre amigo mio!

LAT. Ya se vá pasando... ya pasó!.. Ahora no perdamos tiempo. Se trata en primer lugar... (*viendo á Carlos que se presenta en el fondo.*) Ola! ya tenemos uno. (*Matilde aparece por la derecha.*) Ya está aquí el otro!

CAR. (*bajo.*) Cómo vá usted á gobernarse para...

LAT. Oh! no será muy complicado... ya lo verá usted. (*volviéndose á Carlos*) Psit!.. (*á Matilde.*) Psit!.. Acérquense ustedes por aca... mas cerca... todavia mas... así!.. Ahora... (*coge á cada cual una mano y se las junta.*)

MAT. Qué hace usted?

LAT. No se esperaba mi llegada para casaros?... Pues bien, ya estoy aquí... y os caso!

CAR. Es posible?

MAT. Pero bien sabe usted...

CAR. (*acercándose á ella.*) Sabe que es preciso que yo te case, antes de marcharme.

MAT. Marcharte?... Y á dónde, mamá?

CAR. Voy á pasar el invierno en Cádiz, con mi marido, á quien te presento.

MAT. Usted, padrino?... Pero yo no comprendo...

LAT. (*bajo á Matilde.*) Acabo de inspirarle una pasión violenta y repentina, á la cual no ha podido menos de ceder.

MAT. Cómo, mamá?... Amas de veras á mi padrino?

CAR. Le amo tanto como merece... juzga por tí misma.

LAT. (con fatuidad.) Es decir que me adora.

CRIADO. (anunciando.) El señor don Godofredo!

ESCENA XII.

Los mismos, GODOFREDO, con un chaleco azul celeste por un lado y amarillo por el otro.

LAT. Qué trae usted por aquí?

GOD. Vengo á dar mi respuesta á estas señoras.

LAT. Ola!.. Al fin se ha decidido usted?..

GOD. Trabajo me ha costado... crealo usted... porque á cualquier parte que volviera la vista, quedaba deslumbrado. Aquí, los ojos negros mas hermosos y los mas hermosos cabellos negros del mundo; allí los cabellos dorados mas seductores, y los mas seductores ojos azules... y por todas partes una sonrisa vencedora, un talle elegante, bocas matizadas de perlas, bordadas de coral y sombreadas por una nariz... Ah! qué nariz!.. Al fin he soltado la rienda á mi corazón, en este laberinto encantado, y me ha conducido á los pies... de la señorita Alvarez. (*se aparta la levita por donde el chaleco es azul.*)

CARL. Es muy tarde, caballero... esta señorita se casa conmigo á las cuatro.

GOD. Eh?... Perdone usted, quise decir á los pies de la señora de Alvarez. (*enseña el otro lado del chaleco.*)

LAT. Es muy tarde, caballero... esta señora se casa conmigo á las tres y media.

GOD. Perdone usted, quise decir...

CARL. De la hija?..

GOD. No.

LAT. De la madre?

GOD. Tampoco; mi intencion era... manifestar... que mi corazón permanecía suspendido entre tantos encantos... como la tumba de Mahoma.

LAT. Pues bien... que permanezca así muchos años.

Y si la actitud le agrada
á público tan clemente,
apláudala... que esta gente
solo pide una palmada.

FIN.

Gobierno de la Provincia de Madrid.—*Madrid*, 19 de diciembre de 1853.—Segun el informe evacuado por el señor censor, puede representarse.—*Zaragoza*.

Madrid, 1854.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.